DOMINGO XXXII A
Padre Pedrojosé Yynaraja Díaz

COMENTARIO

El relato evangélico requiere una inicial explicación para que se entienda el mensaje.
La entrada en el estado matrimonial en aquel tiempo suponía unos ritos o encuentros diferentes a los nuestros actuales.
Llegada la chica a la edad núbil, cumplidos los doce años, tal vez algo más, no se olvide que por aquel entonces no existía la etapa llamada hoy adolescencia y que de la segunda infancia se pasaba directamente a la juventud, los padres de acuerdo con la muchacha y según las costumbres locales, le buscaban un marido.
Paralelamente otro matrimonio, padres de un hijo varón, se ocupaban de una misión semejante para el chico, que, evidentemente y de acuerdo con la evolución corporal masculina, sería de edad algo mayor.
En el encuentro entre las dos familias con sus hijos, se esbozaba el matrimonio, sus compromisos y su situación. No era una elección fortuita ni obligada por intereses económicos, tal vez sí de acuerdo con criterios religiosos y sociales. El fundamento de la unión era el compromiso de amor, fidelidad y descendencia. Un ejemplo bíblico de tal realidad es el que se describe en el libro de Tobías, que vale la pena que leáis, queridos lectores. El matrimonio es una realidad profundamente humana, que estará anclada en la Fe. Si no os satisface la descripción de un tal matrimonio, os recomiendo que leáis el "Cantar de los Cantares", sin duda alguna el mejor canto al enamoramiento, el más precioso y el más sublime, aunque, curiosamente, no se mencione explícitamente a Dios.
De tal encuentro amistoso de las dos familias, padres y la correspondiente prole, se iniciaba el matrimonio. A partir de entonces los conyugues debían preparar la convivencia, es decir se casaban sin disponer de domicilio. A tal quehacer se debía ocupar el ya matrimonio, realizado discretamente, no ocultamente, vuelvo a recordaros el interesante ejemplo de Tobías y Sarra, El deseo del chico al contemplar a la chica, que la aprecia a primera vista, de acuerdo con los criterios de su cultura y se encuentra de inmediato íntimamente con ella, envuelto en la fe y la oración. (*para vuestra orientación y pese a que todo el librito es una preciosidad, os advierto que el tema al que me vengo refiriendo, está narrado en los capítulos 7 y 8)*
Pasada esta etapa que no tenía una duración determinada u obligada, se preparaba y celebraba la fiesta, que duraba unos cuantos días, se piensa que podía ser algo así como una semana, siguiendo un guión tradicional que consistía en el encuentro del novio o marido, que las dos cosas era, con sus amigos y la partida alegre hacia la casa de la novia o esposa, que las dos cosas era.
Ella le estaba esperado con sus amigas que llevaban las correspondientes lámparas que alegraban el encuentro, iluminando la escena, algo así como el proceder de hoy en fiestas y espectáculos con los móviles o celulares y si así lo imaginamos deberemos suponer que las estúpidas compañeritas se habían olvidado de cargar las baterías, juntos y alegres todos se dirigían al lugar preparado para la fiesta. En nada se parecía a lo que según me cuentan son las de hoy. Los asistentes serían los invitados y los amigos, recuérdese otras parábolas que se centran en la tal

celebración. Hace unos años se proyectó una película palestina que tenía el título de "Boda en Galilea", el tal film obtuvo premios pero inexplicablemente desapareció de las carteleras.
Aun hoy en día, os hablo de Nazaret que es donde yo lo he vivido, cuando se celebra un matrimonio, los asistentes circulan por la ciudad sonando aparatosamente el claxon de sus vehículos, de manera que la población se entera y sonríe a su paso hasta el lugar de la fiesta. Añado que el banquete no es cosa restringida a unos pocos. Algo he compartido yo y no quiero dejar de contároslo, aunque ya en otra ocasión lo hice.
Pasaba unos días en Nazaret, residiendo con los franciscanos, cuando uno de ellos, amigo mío, me dijo ¿quieres venir mañana conmigo a Cana a la celebración de los 25 años de un matrimonio amigo mío? Yo le dije que quien era yo para ir, si ni siquiera los conocía. Él me dijo que no importaba. Cómo puede suponerse, fui con él ilusionado e intrigado. Al llegar, el matrimonio me saludó amablemente y su única preocupación fue encontrarme a alguien que conmigo pudiera comunicarse y así pasarlo bien. Una simpática enfermera fue la encontrada y con ella pasé toda la tarde, hablándonos en lengua francesa.
En las bodas de aquí y ahora es costumbre, según me dicen, que la novia tire el ramo al lugar donde están sus amigas solteras. Sería de pésima educación que algunas se volvieran de espaldas, rechazando el simbólico obsequio y despreciando los buenos deseos que el gesto implica, según me cuentan. Algo así representaría asistir a la fiesta sin poder jugar e iluminar con sus lámparas las amigas de la novia de la parábola, que, evidentemente, desde entonces quedarían apartadas de la fiesta.
La parábola, pues, nos proclama que "la otra vida", el "Reino de los Cielos", es una solemne y jubilosa fiesta, en la que no se precisará otra cosa que prepararse previamente con actitud esperanzada, sentirse amigo invitado e incorporarse satisfecho nada más llegar.
Me he alargado y no quiero cansaros, queridos lectores, os recuerdo únicamente que Pablo les dice a los de Tesalónica que cuando alguien querido muere, no se entristezcan como los que no tienen Fe, su dolor que sin duda sufrirán, debe ser diferente. (Recuérdense las lágrimas de Jesús en Betania)

-

TEXTOS

del libro de la Sabiduría 6, 12-16

La sabiduría es radiante e inmarcesible,
la ven fácilmente los que la aman,
y la encuentran los que la buscan;
ella misma se da a conocer a los que la desean.
Quien madruga por ella no se cansa:
la encuentra sentada a la puerta.
Meditar en ella es prudencia consumada,
el que vela por ella pronto se ve libre de preocupaciones;
ella misma va de un lado a otro
buscando a los que la merecen;

los aborda benigna por los caminos
y les sale al paso en cada pensamiento.

de la primera carta de san Pablo a los Tesalonicenses 4, 13-18

Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza.
Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él.
Esto es lo que os decimos como palabra del Señor:
Nosotros, los que vivimos y quedamos para cuando venga el Señor, no aventajaremos a los difuntos.
Pues él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar.
Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire.
Y así estaremos siempre con el Señor.
Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

del evangelio según san Mateo 25, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:
—«Se parecerá el reino de los cielos a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo.
Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas.
Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas.
El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.
A medianoche se oyó una voz:
"¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!".
Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas.
Y las necias dijeron a las sensatas:
"Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas". Pero las sensatas contestaron:
"Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis".
Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.
Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo:
"Señor, señor, ábrenos".
Pero él respondió:
"Os lo aseguro: no os conozco".
Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».